

El germen de esta propuesta se haya en la visión que el autor tiene del proyecto de arquitectura: una matriz- en el sentido matemático de la palabra- en cuyos rangos se modeliza la relación con:

- El entorno: no sólo el lugar físico en el que se supone que se ejecutará la obra, sino lo que le rodea; las preexistencias culturales y arquitectónicas y la tradición existente.
- El usuario: a quién se destina el edificio y cómo es apropiado que lo use: este aspecto tiene mucho que ver con la funcionalidad tan exaltada por la ortodoxia moderna, pero también con los aspectos psicológicos y vivenciales que se hallaban tan presentes en las mentes de los arquitectos decimonónicos.
- La tipología arquitectónica: engloba otra faceta de la funcionalidad: ¿cuál es la misión del edificio? ¿cómo son los edificios similares? ¿cómo se sostienen, cómo se construyen?
- La teoría y la historia de la arquitectura: hubo una época, no hace mucho, no muy lejos, en la que se predicó que la arquitectura- y el arte- debían renacer de las supuestas cenizas de la tradición anterior: lo predicaron los propios inquisidores que prendieron fuego a aquella tradición, al pie de las mismísimas hogueras que ellos mismos habían encendido, y el calor de aquellas llamas aún se deja sentir; pero el autor no cree en esa doctrina. La historia de la arquitectura es demasiado larga y demasiado valiosa como para despreciarla como simple combustible. Un arquitecto debería intentar relacionarse con ella con su obra, formando parte de una larga cadena que seguirá a la Humanidad.

El trabajo del arquitecto es semejante al del estudiante de matemáticas: el de encontrar una base vectorial en la que dicha matriz sea diagonalizable- y extraer el determinante, el objeto arquitectónico final.

En este caso, el entorno era un bellissimo valle pirenaico aragonés en el que se da la inusual circunstancia de una afortunada combinación entre una naturaleza sublime y una acertada intervención humana. El valle original contaba con un lago glacial (ibón) que era abastecido por varios arroyos que discurrían por el valle y desaguaba por el río Llauset, cuyas aguas acaban uniéndose al Ebro tras contribuir a un par de cursos fluviales más. En 1983 se completó la construcción de una presa cuya función primordial era equilibrar la producción hidroeléctrica de la cercana central de Baserca. La obra, complicadísima y que recurrió de tecnología puntera a nivel mundial, hubiera sido impensable hoy en día por su predecible impacto paisajístico y medioambiental; sin embargo, si bien por casualidad, se generó un lugar incluso más hermoso que el que le precedía al anegarse la mitad inferior del valle y cegar su acceso; el nuevo se hace a través de un larguísimo túnel excavado en la roca; su final es un arco con veleidades de embocadura teatral que efectivamente enmarca una cuidada escenografía; un hermoso y amplísimo lago surtido por cascadas cristalinas que bajan por laderas empinadas erizadas de picachos de granito y cuarcita; un lugar tan hermoso que ha sido incluido en el camino GR11, una ruta pirenaica que conecta la costa cantábrica por la mediterránea atravesando lugares de gran valor paisajístico y cultural; pero este lugar no es solo hermoso por sí mismo, sino por lo que nos sugiere; nos lleva a ese lugar de nuestro imaginario colectivo que corresponde al valle encantado, entrevisto por Sir Walter Scott y Lord Byron, cantado en los cuentos de los hermanos Grimm y de Hans Christian Andersen y adorado por Tolkien, que llamó al suyo Rivendell; un imaginario que nos ha sido inculcados de niños y de jóvenes- el usuario al que un albergue juvenil está dirigido- y en el que falta una pieza: el castillo.

Por otro lado, el valle del Llauset se encuentra culturalmente en la intersección entre tres comarcas con una rica tradición arquitectónica: por un lado el antiguo condado de la Ribagorza, por el otro el Valle del Boí leridense y, por último, el Val d'Aran al norte; es especialmente conocida la casa aranesa como tipología arquitectónica, pero no pretendemos hacer una casa, sino un edificio público, y, hasta cierto punto, institucional; es por ello que nos retrotraemos más atrás, hasta la Edad Media, de donde datan la mayoría de las estructuras locales de esta clase; son especialmente conocidas las iglesias románicas del Valle del Boí- pero otro corpus de arquitectura local muy importante es el constituido por los castillos de la zona, de los que solo quedan ruinas; ambos eran edificios dotados de torres desde donde se podían avistar a los ejércitos califales y dar la alarma, por lo que nos pareció conveniente aquí heredar esta volumetría algo esbelta y vertical.

También nos llevan a pensar en edificios en torre los dibujos de la gran obra teórica- y parte de la historia de la arquitectura- sobre la arquitectura de montaña, Alpine Architektur, en la que Bruno Taut sueña con torres de cristal, esbeltas y facetadas, en lo alto de los Alpes; estas ideas tenían poco de realizable en su época y lo siguen teniendo, principalmente porque aún no se han conseguido vidrios que aseguren una transmitancia térmica lo suficientemente baja como para que sea siquiera planteable la construcción de un edificio así en un entorno tan frío; los edificios de montaña se suelen construir en metal, aunque sí que recogen esas formas cristalinas que Taut preconizaba; en nuestro caso, usamos una envolvente de metal con efecto espejo en las partes opacas y un vidrio triple capa reflectante en las transparentes, de manera que se minimicen las diferencias y desde fuera se conserve esa idea de evanescencia tan querida por Taut, al reflejar y difractar el paisaje en mil facetas, como en un cuadro cubista vivo.

Por último, como ya hemos señalado anteriormente, el usuario va a ser, principalmente, un niño o joven imbuido de una estética fantástica transmitida en la literatura y en la cultura popular-películas, juegos de rol- a la que ha tenido acceso- y lo es en unas condiciones especiales, en unas vacaciones, en las que el objetivo es el disfrute del niño o adolescente, al que se le ha sacado del prosaico y normativo mundo al que pertenece-la ciudad, la escuela- y ha sido llevado a uno nuevo, y, en muchos sentidos, fantástico, un mundo donde la aventura es la promesa, la gran recompensa, el gran objetivo a cumplir ¿es, entonces, acaso, ilícito pensar en proporcionarles esa experiencia completa? ¿No parece lo más compasivo, y, en cierto modo, lo único legítimo, consumir esas ansias, saciar ese deseo? Así lo cree el autor; y por ello, reivindica el imaginario fantástico, el castillo encantado, con escaleras que se cruzan y mueven, grandes comedores y dormitorios comunales, con arriesgadas cumbres y torrecillas, con salas ocultas y pasadizos secretos